

# LA BOHEMIA ALEGRE

PUBLICACION MENSUAL

AGENCIA: Local de la Academia de Medicina.

## EN JURADOS

Callaré, pues ello no importa, la ciudad, el día y el año en que esto sucedió. Lo cierto es que una mañana de Diciembre pasé, sin intención, por cerca de una oficina donde había mucha gente vestida de *paisano*; dentro de la cual se oía una voz muy bronca y como fatigada y en cuya puerta vi un soldado de blusa, pantalón y kepis viejos, recostado con descuido y teniendo entre las manos, que estaban juntas y en las cuales sostenía el mentón de su cara rubicunda, apoyada la boquilla de su limpio fusil de la casa de Remington. Y llevado de una curiosidad cuyo móvil por el pronto no me expliqué, me colé de rondón por esa puerta.

Asido de una verja que allí había para dividir la pieza en dos, de barrotes de madera cuadrada, y en su basamento floja, me quedé como clavado. Eran las ocho y media de aquella espléndida mañana cuando entré.

“Señores Jueces—decía el orador—siento mucho que el señor Agente del Ministerio Público haya renunciado al uso de la palabra por primera vez (hubo pausa). Tengo, pues, que variar mi plan de defensa; pero eso no importa (alzaba aquí la voz y la mano zurda en ejecución de una acción zurda, y miraba á los Jueces). Pero no importa. Las causas justas son luminosas. Pero no importa (alzando otra vez la zurda, hubo suspensivos). Pero no importa, aunque este plan de defensa se parezca á torear detrás de barrera, que no se sabe qué toro embiste.....”

Los Jueces se sonrieron, y yo me reí: me cayó en gracia aquel exordio, pues me hizo recordar los tratos mujeriles cuando dicen *pida usted*, para ofrecer la mitad menos, si corre buena suerte al ofertante; sólo que aquí la cosa iba en contrario, esto es, no se hubiera dado menos sino más de haber comenzado el señor Agente del Ministerio Público antes que el orador en referencia su peroración.

Seguí oyendo. Era el caso, no raro, de la eliminación de un sujeto, en un lugar de provincia, por medio de un tercero. Y como siempre había faldas de por medio, como diría Bretón de los Herreros.

Me cansé al fin de oír un fárrago de cosas para mí insulsas y repetidas, y me senté en un banco que allí había. Fue entonces cuando con detención me puse á observar los personajes que componían aquella audiencia y á los de la barra, entre los cuales forzosamente me conté, empleados en receso ó vagos rematados los más de ellos, de rostro moreno y macilento, sin barbas, ó con ellas muy escasas y crecidas, de frentes muy estrechas y de ojos muy torcidos..... Y anoté que aquella sala—de cinco por cinco varas—era estrecha y que tenía su enlucido viejo y sucio como de escupas, pues el polvo estaba allí pegado á chorros.

Frente de mí, ó sea, frente á la puerta de entrada había otra puerta, entornada por entonces, cerca de la cual estaban dos de los abogados de la causa, recostado uno de ellos de vestido rigurosamente negro como para funerales, en el filo de la pared del lado izquierdo de la puerta, mientras que el otro estaba tieso sobre su taburete, sobando tenazmente con un pañuelo sus anteojos de vidrio oscuro, y teniendo—como cada uno de los abogados restantes y del Juez sustanciador que estaban del lado derecho de la pieza—delante de sí una mesa chica sobre la cual vi sombreros y papeles y un bastón de una vara de cafeto aderezada con apariencias de carey. Y del lado izquierdo estaban los Jurados. No pude ver los reos, pues del banco de éstos me quedaba dando casi contra la cara el espaldar.

+ Cesó de hablar el abogado. Para terminar, pues era viejo, se caló los anteojos cuyas patas unía un hilo de lana colorada; echó su rostro oscuro para atrás; levantó un poco el pecho dejando ver una camisa blanca sobre la cual se destacó chillón un pañuelo de imitación de seda que llevaba en forma de lazo sobre el cuello; miró á los Jueces fijamente; dijo cuatro simplezas; dio un puñetazo y... como el héroe de Cervantes..... no hubo nada.

Cuando—en busca de algún refrigerio para mi estómago—iba camino de mi casa, ya cerca de las once, pensé en el orador cuya elocuencia adolece de los vicios de nuestra vieja escuela literaria. O, en otros términos, se quedó—para mí—á este respecto, con el pecado y sin el género.

Al día siguiente otra audiencia.

Y volví.

Debo decir que estuve en su apertura, pues hecha abstracción de todo, tenía curiosidad, y rondaba aquel hueso muy temprano. Los mismos personajes..... pero pude ver los reos, pues



era un juicio doble ó una poca cosa, como diría Tosilos : factor ó inductor.

El señor Juez substanciador estaba cómodamente recostado sobre una silla de brazos á la antigua, de forro de vaqueta, y echaba contra la pared su cabeza cuasi-calva. Su rostro, que era grave, tenía oculta por lentes muy oscuros su mirada.

—Tiene la palabra—dijo—el reo señor Bastos.

Se levantó el reo.

Era un hombre alto; de bastantes años (tal vez de unos cincuenta); vestido de paisano, ó sea de ruana, bajo de la cual tenía corbata y chaleco, compañero éste de un pantalón de pañete negro listado de café. Me llamó mucho la atención, así como su camarada de infortunio, cuyo apellido era Pacheco.

Tomó la palabra y, poco más ó menos, así dijo, pues al cabo no paré en muchos mientes á su razonamiento que recorría un círculo vicioso, atento como estuve á la expresión conjunta de aquel hombre, cuyas piernas, si no era por defecto de su sastre, me parecían endebles y de estructura patizamba, y cuyos brazos, de largas manos y enjutos dedos, batía de una manera embarazosa; haciéndome recordar la forma de su cabeza de pelo escaso y en desorden, con la viveza de sus ojos de mucha luz, muy negros y redondos, coronados por cejas medio canas, largas y en penacho para arriba hacia las partes laterales, y la dureza de su boca un poco chica, de bigote largo y no domado, la fisonomía reverenda y triste de un zaleado y viejo ratón padre.

Digo que decía: “Eso, señores Jueces, es falso y *falsísimo*, eso que me *encrepan*. Yo soy *vítima* (sacaba su delgado brazo diestro para arriba, extendido el dedo indicador), pues es falso y *falsísimo*..... Ese crimen tan infame..... tan horrendo. Es que este hombre (acababa de bajar ya el brazo) es mi enemigo (y señaló á Pacheco que apenas lo miraba de soslayo con una mirada bizca entre estúpida y bellaca). Es que.....”

Aquí no le atendí. Sólo sé que acabó diciendo: “Me aborrecen..... Eso de entrar á uno á un pueblo á media noche con pitos y tambores”.....

—Sí, sí—decía moviendo la cabeza el abogado de en frente, sobador tenaz de sus anteojos.

—Sí, sí—agregaba á coro, accionando con la zurda el zurdo voceador—como un toro.....

(Pensé al oírlo que este señor tendría hebra cortada con los tales.)

Después de todo, me pareció que el orador, garnacha de su pueblo, á lo que entiendo estaba emocionado. Y yo, aunque lejos de creer lo que los unos y los otros se decían, también sentía de aquéllo.

Al fin, Bastos se sentó. Me quedó vibrando en el cerebro aquella voz delgada de mujer, salida de aquel pecho ancho y robusto.

Noté, entonces, que los Jurados se movían sobre aquellas sillas, duras, esteradas, de largo espaldar que hacía horas ocupaban, sin encontrar posición cómoda, y que á veces fijaban los ojos sobre el cielo de la pieza de fondo azul cruzado por el rojo de las viguetas que sirven de sostén al piso, con una insistencia tal que parecían querer introducirse todo aquello por allí, como quien dice deseos de hacer parte de lo mismo, ó sea de lo insensible.

Y yo también sentía cansancio y, á pesar de eso, estaba allí distrayendo mi fatiga contando y recorriendo lentamente como los Jurados, cada grieta ó escalfado de los muros, cada mancha del cielo de la pieza ó cada desigualdad de las aristas de las vigas, pues, extremo por extremo, el ocio como el trabajo asídúo, requiere distracción.

—Por segunda y última vez tiene la palabra el señor Fiscal—dijo el señor Juez.

Y apareció un señor de regular tamaño y un poco obeso, vistiendo un saco que tiraba á amarillo, abierto por arriba y abotonado por lo bajo con cierta petulancia. Venía armado de un jarro lleno de agua que colocó sobre una mesa de un solo pie y de superficie oblonga que por allí había y que situó muy cerca de la entrada de la verja en el punto de conjunción precisamente de esta entrada con la salida del cuarto (á la derecha) en que antes él estaba: y comenzó el ataque por un enérgico preámbulo. Tras el exordio siguió una razonada exposición.

Los Jurados sacaron los relojes y pusieron caras largas de fastidio; montaron una pierna sobre otra ó la cambiaron, y mordieronse distraídos los pelos del mostacho.

El señor Juez cerró la audiencia, quedando el señor Agente del Ministerio con derecho al uso de la palabra al día siguiente:

Asistí otra vez desde temprano.

Aquello que yo no conocía sino á medias, puede decirse que de oídas, tenía en mí despierta toda la fibra de mi sér empecinado. Pero no encontré vacío yá mi puesto de las otras audiencias una vez que lo ocupaba un muchacho de pie sobre él, que clasifiqué inmediatamente en el orden de las trepadoras, pues, fuera de lo dicho, tenía cara de guacamaya de las mayores, según le observé el pelo de crecido en forma de copete que hacia adelante le caía, mediando la expresión de sus ojos verdes y saltones y sus nariz larga y corva montada sobre una boca de



esfínter recogido, de dientes en pañusco y muy metida para atrás.

Provistas las manos de unos pliegos y teniendo siempre sobre la mesa oblonga el vaso de agua consabido, siguió el señor Fiscal hablando.

Me interesó la exposición—pues no había oído la lectura del sumario, que era enorme y de la cual se prescindió por los Jueces enterados yá de ello á lo que entiendo. Me interesó la exposición, digo; pero me distrajo el ver cómo tomaba el señor Fiscal el agua, y sin fuerza en los músculos bucales para arrojarla en lugar apropiado, la echaba sobre la pared en chorreaduras..... Así como quien dice con ello llevar un dolor horrendo en cada muela. Y me expliqué ese día una observación del anterior.....

Pero me distraigo aquí también.

Dejé de pensar en este miserable pormenor cuando advertí que la acción iba en aumento á la par que iba menguando, aunque ello á primera vista parezca paradójico; y era que el señor agente de que trato, increpaba por entonces sin piedad á los infelices diablos que tiosos como estatuas yacían en el puesto de los reos, y la razón iba en descenso en proporción del apostrofe sarcástico. Y otra vez me pareció volver á notar el fastidio de los Jueces: los mismos movimientos, el mismo ceño adusto, la misma cara de holocausto.

—Voy á concluir—dijo el orador. Hubo al oírlo un cambiado juego de miradas en los Jueces. Como si cada cual al entenderse dijera para sí: “yá va á acabar aquello.” Mas era engaño, aunque el señor Fiscal se retiró un poquito de la mesa con su jarro y sus papeles, puesto que volvió á la carga, y..... el fastidio volvió también á aquellos rostros..... Me sonreí al juzgar el final de su discurso que, en aquella coyuntura, me hizo acordar de las visitas entre señoras de confianza: lo mejor fuera de estrados. “Mirad—decía—aquí tengo estos papeles (los mostraba). Podría aun decirnos muchas cosas (y había hablado tres largas horas sin decir las); pero prescindo etc. Ahí está el luminoso auto de enjuiciamiento etc., que el peso de la justicia caiga sobre estos hombres corrompidos” Y levantaba las manos echándolas de frente hacia los reos en actitud histérica como si quisiera arrojar de su pecho algún obstáculo. Al terminar, su semblante estaba rojo, y, salía disparada por el hueco dejado por un diente, una pompita de saliva.....

Fue una nota ridícula la última: haciendo de él un juego de irrisión, mentaba el aguinaldo de los reos. Una confusa mezcla de encontrados sentimientos me hizo subir entonces la sangre á las mejillas, y, por una relación común en mis ideas, cref

por el momento que veía ó que oía como viendo todo aquello que allí oía por sobre la superficie tersa de un reflector de convexidad muy fuerte.

Tocó el turno al defensor que estaba recostado sobre el filo izquierdo de la pared de la puerta de salida—á aquel de veste como para honras funerarias. Iba también armado de papeles, fuera de dos libros que colocó sobre una mesa. Y pues, seguramente, estuve al fin de aquella audiencia muy cansado, no me di cuenta del preámbulo. Eso sí, recuerdo que decía como atenuante en medio de su discurso fluído y, por lo que luégo comprendí, vacío, que era necesario atender al *móvil que era absurdo*. Una mujer hermosa nada menos! Poco después cesó la audiencia.

—

Cuando entré al día siguiente, un poco tarde, hablaba el mismo. Estaba—cuando llamó mi atención—inclinado sobre uno de los libros consabidos traduciendo algo sobre intoxicación (el caso aunque frustráneo era de éstos). Y, sin duda por estar aun de refresco, perdí poco de aquel estéril raudal de su palabra. Realmente la lectura que oí, me llevó al ánimo la impresión contraria á la de la tesis sostenida; y entiendo que los Jueces así también lo creerían.

Me hizo gracia oír en boca de aquel togado de cintura delgada y veste limpia y bien ceñida, que volteaba las hojas de su libro con el extremo del índice de su mano derecha nerviosa y delicada, una vez humedecido en la punta de su lengua larga y roja, asomada á intervalos con donaire un poco cómico por entre su bigote como espolvoreado y prominente;—oírle, digo—más de un *lapsus lingue* (así francamente lo creí al principio), que luégo, en fuerza de decirlos (y digo la verdad) para mí ya no lo fueron; además de uno que otro solecismo. Poder de la palabra, se dirá. No contradigo. Pero me agujerearon el cerebro los *injurgan* por ingurgitan, los *voltareta* por voltereta, y los *cúbito* por decúbito etc. para rellenármelo después con los Garófalo, los Lombroso y qué sé yo que otros nombres más..... Cuando acabó de hablar, tenía la calva de color subido, brillante y sudorosa.

Tomó la palabra, á la postre, el último defensor de Bastos, hombre éste por lo que se ve, de *prendas*.

No diré, para no hacer que los que me oigan pongan, si me oyen, caras mustias de fastidio, pues no hay obligación para ello como no sucedía á Jueces zarandeados á mansalva, sino que su razonamiento no fue cuerdo en cordura, quiero decir que, aunque bueno, estrujó y sajó repitiendo lo que al fin de sabido nadie oía; con mucho mayor razón los Jueces que pedían



ya un remedio legal antioratorio. Pero aquel último disertó, se dijo, iba á las barras. Oh!.....

Al suspender el señor Juez la audiencia (la tercera) quedó aun con derecho á la palabra.

Y, pues, para algo ha de servir mi cualidad de empecinado, hé aquí la cuarta. En confesión, podré decir, no obstante, que necesité de tripas ese día. Agregaré—para descargo—que me pareció confanzudo el orador. “Yá sabéis, señores, (decía, y va de muestra) lo que es la fuerza de la *pasión* (pronunciaba por las narices estos finales.) No debéis ignorar, señores, lo que es la fuerza de los afectos. Una anciana madre ¡ hombre! Una anciana madre ¡ sí señó!.....” (también pronunciaba nasalmente esta palabra.) Y aquesto lo expresaba en un raptó de elocuencia, accionando aquí, allá y acullá con ambas manos al compás de sus períodos; de suerte que viéndolo, el espíritu se forjaba (cosa extraña!) la ilusión de presenciar una grata melopea..... Por la vigésima vez observé, fuera de esto y nó en él sólo, que los anteojos cogidos por las manos, son un espléndido recurso de oratoria; y es que muchas veces (no lo digo por mera novedad, que no lo es) los aparatos útiles (las manos por ejemplo) nos fastidian..... cuando sobran.

Vino el último orador : era de oficio. Fue el único abogado de Pacheco, y..... no lo defendió. Reemplazo del verdadero defensor (también de oficio) no tuvo pruebas que alegar: no se habían creado. Fue este su argumento. Lo demás en rigor montó á un embutido de lo de la *escuela nueva* en contraposición con lo de la *escuela vieja*, un barullo filosófico, pues mentó de esta caterva muchos nombres, y habló mucho de *conciencia*, en lo que tal vez tuvo razón, pues el conocimiento psicológico que de nosotros logramos, se parece, muchas veces, yá á las expansiones, yá á las extrangulaciones extremas de la goma elástica. Hubo, además, algo de carácter enteramente personal que no diré. (Lo mismo me pareció que hicieron sus cofrades). Y para dar á este orador, con verdadera fisonomía de León Gambetta, el último toque, diré que pertenece á una de las extremas avanzadas, en política.

Gracias á Dios cesó el papel de los togados; y yo también voy á acabar.

Los Jueces se encerraron. Mientras dictaban su veredicto, pude completar el conocimiento físico, pues el moral ya me lo estaba, de Pacheco. Era sobre rechoncho, fuerte de espaldas y prominente de omoplatos, llevando, no obstante esto, siempre inclinada la cabeza hacia adelante. Su mirar, yá he dicho que

era bizco. Su rostro, casi poblado de barbas, muy redondo y de carrillos muy salientes. Tenía las sienes deprimidas, la frente muy estrecha, el pelo hacia la corona muy escaso, y el cráneo como tirado para atrás. Fuera de esto, sus ropas eran viejas; y, completaré su descripción, diciendo que lo ví invariablemente con un pañuelo de color dudoso en una de las manos. Había sido enterrador: constaba de autos.

Fue esta sin duda la clave de la confusa relación de ideas que me tenían ensimismado y embotaban las fuerzas de mi espíritu como temeroso de entrar á conocerlas al desnudo, antes de que la voz del Juez al leer la condenatoria absolucíon de algunas de las preguntas de aquel juicio, viniera—por decirlo así—á cristalizarlas en un cuerpo que, al salir para mi casa, traduje, creyendo ver redimida la Justicia, por boca del escéptico Hamlet al motejar á los letrados en el cuadro eminentemente realista de los villanos sepultureros de Ofelia: “*A dónde fueron (dije) sus equívocos, sus sutilezas, sus litigios, sus interpretaciones, sus embrollos?*”

Y acabé mis comentarios.

24 de Diciembre de 1895.

E. FUENTES.



## EN SU AUSENCIA

¡ Que triste de mi novia la morada !  
Se vé por el cristal de la vidriera  
Su coqueto jardín sin jardinera,  
La jaula del canario abandonada;

Las flores, sin el sol de su mirada ;  
La calle fría y silenciosa afuera;  
Corrido el cortinaje que, ligera,  
Descorría solícita mi amada.

Siento hálito mortal de helada brisa  
En mi pecho, su místico santuario ;  
Y cual ella á sus flores es precisa,

Lo mismo que al jardín, me es necesario  
Escuchar las cascadas de su risa  
Más dulce que las notas del canario.



## SEYGLORT

(LEYENDA HÚNGARA)

En una pequeña población cerca de Kaloesa en las márgenes del Danubio vivía una pobre familia de pescadores de origen polaco. En el invierno lo pasaban muy mal porque la pesca era casi nula y había días en los cuales aguantaban hambre. Entonces Mildrey—así llamaba la esposa—al ver á su marido y á sus tres hijos acongojados por el hambre y por el frío prorrum-pía de esta manera:—“¡Dios bueno, dános pan y lumbre! Mira que el frío y el hambre nos matan! Socórrenos, Dios misericordioso!” Los dos niños pequeños lloraban sin consuelo y se afe-rraban á su pobre madre como para nutrirse de su cuerpo y la pedían que comer en un lamento desconsolador y pereunte, pero como ella nada tenía, nada les daba. Los miraba con aquellos ojos empañados y tristes en donde yá no había lágrimas que humedecieran aquellas secas y arrugadas mejillas, y los pobres niños al fin se rendían quedándose dormidos con la boca abierta y los labios pálidos. Sólo el mayorcito, Seyglort, estaba siempre contento: nunca había dicho á su madre que tuviera hambre ó frío, y el color de sus mejillas era subido; su semblante respiraba satisfacción y lozanía. No le arredraba por las mañanas la nieve y salía hasta las riberas del río, y regresaba llevando flores y canturreando alguna trova regional que había aprendido de su padre. Los esposos se admiraban al verlo tan robusto y tan alegre mientras ellos y sus otros dos hijos tenían el alma triste y en sus rostros la palidez del mármol.

Seyglort decía:—“Yo tengo un angel bueno que me cuida mucho. Cómo los manjares más exquisitos y bebo unos licores dulces, de color trasparente y de oro que creo se parecerán á los que toman los ángeles en el cielo, según nos ha contado mi madre. ¡Son tan deliciosos! Y en esas copas con peanas de diamantes....! Soy muy feliz; sólo que sufro mucho al veros á vosotros aguantar hambre: pero rogaré á mi *angel bueno* que me deje participaros siquiera de los restos de nuestras comidas aunque *él* me tiene vedado comunicar el secreto.”

Los padres llenos de asombro estrecharon á su hijo en un solo abrazo diciéndole ambos á un mismo tiempo:

—Llévanos allá, Seyglort. Nosotros le diremos nuestras necesidades y *él* se compadecerá de nosotros y nos dará con qué calmar el hambre. Entonces seremos rosados y robustos como tú y tendremos ánimo y fuerzas para trabajar; ¡te lo ro-gamos, Seyglort,! ¡Mira que tenemos hambre! Y lo abrazaban fuertemente colmándolo de besos.

--Dejadme, pues, yo voy á la playa, dijo Seyglort saliendo rápido de la choza, con su semblante risueño y dirigiéndose al río que rumoreaba allí muy cerca.

Poco después se aparecía el niño cargado de cuantos manjares se haya imaginado algún mártir del hambre. Y todos comieron. Comieron hasta llenar. ¡Qué bocados tan suaves aquellos! En verdad—pensaban—esas no eran fabricadas por manos humanas; ni las comidas del mundo, por más suculentas que fueran, podrían tener olores tan sabrosos. Aquello les parecía un sueño y no se atrevían á creer en la realidad.

Cuando hubieron devorado toda aquella comida y cuando los dos chicos se quedaron sumidos en un sueño tranquilo y suave, preguntaron á Seyglort sus padres, llenos de animación y de alegría:

—Dínos, ahora, querido Seyglort ¿quién es tu *angel bueno* y cómo es?

—No sé quién es ni le conozco—respondió el niño. He oído su voz y es la más dulce y armoniosa de las voces que he escuchado. Tiene un timbre delgado y sonoro como voz de mujer.. Celebramos nuestros banquetes santuosos en un recodo que hace el río un poco más arriba del gran remanso; allí sobre las olas encrespadas, al aire libre. ¡Oh, es eso tan delicioso!... Me siento trasportado á otro mundo, á un mundo de brumas apacibles en que no se piensa en nada....!

Llego á la orilla y me basta tocar las hojas de una mata azul que solo para mí está visible; y al instante oigo un ruido de alas, se estremecen las turbias ondas del río y se extiende sobre ellas algo como un velo trasparente, por sobre el cual puedo caminar en firme como por sobre este tablado. Entonces esa voz dulce me pregunta:

—¿Qué me quieres hermoso niño? Yo le pido lo que necesito y al punto soy servido.

Los esposos se miraban con asombro y escuchaban admirados el relato de Seyglort.

—Y desde cuándo sucede eso? le preguntó su madre.

—Fue una mañana—dijo Seyglort continuando.—De eso hace ya muchos días. Mi padre había pescado todo el día anterior y la pesca había sido tan abundante que se llenaron todos los cestos y baldes con toda clase de peces. Yo ayudaba á mi padre á clasificarlos. Había unos muy grandes hasta de dos cuartas y otros pequeñitos. Pero hé aquí que en el fondo de un balde encuentro un pececito de escamas plateadas y tan hermoso, tan gordo que lo deslicé en el bolsillo de mi blusa de manta para hacerme un buen asado escondido de todos. Cuando acabé el trabajo me fuí á la orilla del río para abrir el pececillo y quitarle las escamas, que eran brillantes y menudas como yo no había visto nunca; pero al introducirle la navaja en el vientre, lanzó un quejido y comenzó á forcejear por soltarse. Me dio un miedo horrible y estuve á punto de largarlo; pero en vez de esto, lo lancé á algunas varas de la playa en donde lo encontré parado derecho en las aletas de la cola y me dijo así:



—“Buen niño! no me mates y te prometo hacerte feliz. Vuélveme sano y bueno al río y te agradeceré eternamente.

Aterrado por lo que presenciaba quise venir á contaros el hallazgo, pero el pececillo me suplicó de nuevo que lo echara al agua. Volví hacia él y con manos temblorosas y el corazón lleno de terror y á la vez de curiosidad le agarré y lo tiré á la corriente.

—Mira hermoso niño—me dijo apenas se zambulló.—Su voz salía de debajo del agua, siempre tan bella y tan sonora. Yo tengo que vivir todavía mucho tiempo trasformada en pez purgando una pena á que una vieja maga me condenó. Cuando termine serás tú yá un hombre y entonces recompensaré mejor el rasgo de benignidad que hoy has tenido conmigo; pero cada vez que necesites algo, sal á la márgen del río y con sólo frotar las hojas de una matita azul que será únicamente visible á tus ojos estaré al punto á tu lado.—Así diciendo se estremecieron las ondas del río y desapareció en el fondo de las aguas. Volví aquí á la casa triste y nervioso; estaba yo tan pequeño; apenas tenía seis años.

Mildrey y su esposo habían escuchado el relato de su hijo, cada vez más asombrados: los chicos dormían tranquilos y satisfechos en el regazo de su madre.

\* \* \*

Seyglort fue creciendo, siempre tan hermoso y de un carácter dulce y humilde. Cumplió quince años. Sus padres habían envejecido pero eran felices y dichosos y no tenían palabras con qué agradecer al cielo la suerte que les había deparado por mediación de su hijo.

Por las tardes cuando salían á una colina cercana á calentarse á los últimos rayos del sol poniente decían á Seyglort que siempre iba con ellos:

—Refiérenos cosas de ese *nuestro angel bueno*. ¡Cómo le tributáramos homenajes de agradecimiento si tuviéramos la dicha de verlo cara á cara un instante siquiera! Dínos ¿no tienes ni mediana idea de cómo puede ser? Nos has dicho que tiene voz de mujer; cuán bella será!.....

—¡Oh, sí! Una mujer encantadora, de belleza sin igual—contestaba Seyglort entusiasmado, loco.....

—Cuéntanos hijo mío, decía Mildrey, acariciándole la barba al joven, que se quedaba largos ratos como petrificado dejando vagar su espíritu por esa región ideal en donde tenía toda su alma reconcentrada, en aquel ser invisible que cada día se adueñaba más de su vida.

—Hoy he pasado el día más feliz de mi vida—contestaba Seyglort como volviendo de un éxtasis—¡qué deliciosamente hemos conversado. Ya somos dos amantes que no podríamos vivir el uno sin el otro. ¡Ay! cuándo se aclarará ese misterio! ¡Tal vez no tendré la dicha de ver amanecer ese día! Mas,

ella me lo ha repetido muchas veces “que no tarda” “que el día se acerca”.....! Cuando me siento á la mesa—continuaba Seyglort después de una larga pausa—ella está allí, á mi lado y al hablarme percibo su aliento; es un efluvio oloroso, embriagante que me desespera, y llevado por un irresistible deseo de abrazarla y darla mil besos en todo su rostro, abro los brazos creyendo estrecharla y nada.... el vacío.... el vacío, la ilusión.... el misterio siempre.....!

Algunas veces se coloca tan cerca de mí que siento en mi hombro el roce de su hombro y oigo los latidos de su corazón. En estos momentos mi alma se dilata y me parece que la prodigo toda en mis suspiros. Desesperado al fin me pongo en pie de un salto y echo á correr sin rumbo por la playa mientras ella me llama para que vuelva á su lado.

\*  
\* \*

Una mañana de primavera había salido el sol más claro y resplandeciente que nunca, en un cielo azul sin brumas. Sus rayos alumbraban aquellas playas del Danubio sombreadas por bosques vírgenes que evocan tradiciones de las épocas antiquísimas; que guardan los recuerdos horrorosos de la invasión de los tártaros, y que, tiempo después, fueron teatro de las atrocidades que cometieron Mustaffá y sus secuaces súbditos otomanos.

En aquellas hermosas y plácidas riberas cae la luz del sol como lluvia de plata, en tanto que la calma sólo la interrumpen el rumor del río y el ruido del viento en el ramaje de los árboles.

Aquella mañana Seyglort se levantó antes del alba y se puso su mejor vestido. Era una blusa turquí galoneada de blanco.

Al verlo salir sus padres en dirección al río con su semblante que rebosaba felicidad presintieron algo extraordinario y concibieron la idea de seguirlo de lejos para observar lo que pasara. Durante el pequeño trayecto que Seyglort tiene que caminar oye las bandadas de canarios que entonan cantos suaves, y al llegar á la orilla del río ¡oh portento! ve que surge del fondo de las aguas una joven apenas cubierta con un manto de brumas. Lleva su rubia cabellera suelta flotando al aire y sus formas en casta desnudez.

Se desliza suavemente por sobre el agua y se dirige hacia Seyglort sonriéndole con aquella boca purpurina y mirándole con sus ojos azules. Era una ninfa de Rubens con vida humana.—Aquí me tienes, amado mío—dijo la joven saltando á tierra y cayendo en brazos de Seyglort que estaba absorto contemplando tanta belleza. Ya somos felices; y se confundieron en un abrazo.

Estando en lo mejor de su idilio oyeron unos gritos muy cerca de ellos. Volvieron la vista: eran los padres de Seyglort. Entonces viéndose sorprendidos se avergonzaron y huyeron lijeros á ocultarse en el bosque.....



Y refieren añejas crónicas que desde entonces, en las noches de luna, el viajero que cruza los bosques de la orilla, oye rumores de besos, carcajadas alegres, frases vagas de amor.... y vé entre las brumas de la noche las sombras abrazadas de los dos amantes que celebran nupcias eternas, arrullados por el rumor de las ondas del Danubio, cantor cristalino que entona el epitalamio eterno de aquellas bodas ideales.

P. LONDOÑO.



## ESCUCHA!.....

Si te dicen que no amo  
Diles que mienten, María;  
Si te dicen que en mi pecho  
Jamás el amor se anida,  
Que sólo son mis promesas  
Frasas que la blanda brisa  
Entre sus alas se lleva,  
Diles que mienten, María!

¿Que no se amar? ¡Insensatos!  
Ignoran que mi alma es tuya,  
Que para mí son tus ojos  
Paraísos de ventura;  
Que en vano por no adorarte  
Mi pobre corazón lucha....  
Los que dicen que no amo  
Ignoran que mi alma es tuya!

Para tí son mis cantares,  
Para tí mis pobres versos,  
Para tí son los latidos  
De mi corazón enfermo;  
Tú eres para mí la dicha,  
La gloria que ardiente anhelo,  
Mis alegrías son tuyas,  
Para tí mis pobres versos!

Tuyas son las vibraciones  
De mi lira de poeta,  
Y en ellas—como un suspiro—  
Tu dulce nombre resuena;  
Tuyas son mis esperanzas,  
Mis delirios, mis quimeras;  
Tuyas las notas que arranco  
De mi lira de poeta!

JULIO VIVES GUERRA.

## DE TAPADERA

“Pues diré que era hermosa como un cielo, la del lunar aquél en la mejilla;” la de los grandes ojos negros y rasgados en donde se veían palpar todos los encantos y todas las ilusiones de los 16 años cumplidos; la de los sedosos cabellos que en cascada desbordante de negros rizos caían sobre su frente; la de formas mórbidas y enloquecedoras como los sueños de la juventud; de boca fina y pequeñita que cuando se entreabría para dar paso á una sonrisa maliciosa y burlona, era como un clavel encarnado que hubiera sido abierto en una mañana de primavera; de nariz anhelante artísticamente modelada, y en fin, la novia de mi alma, la muchacha mas bonita de mi pueblo.

De que nuestros amores hubieran terminado como terminaron no tuvo la culpa su señora mamá, que lo era una vieja que parecía nacida expresamente para suegra, quiero decir: muy robusta, caprichosa, enferma, viuda, de senos exhuberantes...de algodón—me supongo—y por añadidura mas pobre que Cristo.

Y amé á Elenita—Elena se llamaba—no porque dejara de reconocer la barbaridad que cometía al echarme á cuestras el *imposible* de su bendita madre, sino porque entonces creía yo en la famosa máxima de que “fuera del matrimonio no puede haber salvación” y porque como últimamente me había dado por tenerle miedo al diablo, resolví buscar el medio mas eficaz para esquivar el encuentro con aquel caballero—cuyos pies beso—y no pude idear otro mas aparente. Y creo que no anduve muy errado al pensar que difícilmente encontraría una suegra mas á propósito para el asunto.

En fin, no daré en más explicaciones de los motivos que me decidieron á tomar por esposa á la bella Elenita, y entraré en materia, como dicen algunos oradores y otros que no lo son.

Pasó—Miré—Miróme.

Y de allí en adelante, no más sueño tranquilo—aunque parezca extraño en un cupido charlatán de provincia—no más pensar en estudios. Todo para Elenita.

\* \* \*

Dos ó tres meses seguidos de pasearme en la acera de su calle, de pasar muy cerca de su ventana, de donde casi me la quería sacar con los ojos—y con las manos también hubiera querido—me convencieron de que las uvas no estaban tan altas como yo creía y de que un poco más de atrevimiento y...el “suave yugo” sobre mi pobre humanidad. Lo que menos!

Las “visitas á domicilio” empezaron entonces. Doña Juana parecía satisfecha de su nuevo cliente. Y á fe que tenía razón la pobre vieja: un joven inteligente, para graduarse á los pocos meses, con algo de sonante en los bolsillos, miembro de la Sociedad de Practicantes de Medicina, de buena estampa



—gracias por lo que á mí alude—y colaborador científico de *La Bohemia Alegre*, no era un partido que se presentaba todos los días —¿Qué más podía desearse?— Nada; y la vieja no deseó más y creyó en “ni palabra de caballero, de hombre serio,” según me lo dijo el día en que le pedí la mano de su hija,

Tuve que hacer un viaje á la capital para conseguir el regalo de novia y los mil requilorios que dicen acostumbrarse cuando se trata de abrazar el estado (ó la mujer.)

En el tiempo de mi ausencia, Elenita me escribía cartitas de lo mas mono, me contaba que “á su querida mamá le avían buuelto los hataques y que le estaban dando con mucha bre-cuencia” y otro montón de cosas que me enternecían y casi me hacían llorar. Terminaba siempre “enbiandome el corason de su amija que deseaba mes berlo que escribirle,” y un día acabó por decirme que le enviara mi retrato “para vesarlo todas las noches mientras yo benía.” Y ; qué quieren ustedes! se lo envié. Cómo resistir á tan halagadoras súplicas!

Satisfecho de tantas demostraciones de cariño y viendo ya próximo mi feliz enlace, regresé á los pocos días. Madre é hija me recibieron con los brazos abiertos—es un decir.

\* \* \*

Una noche acababa yo de salir de la acostumbrada visita, cuando oí fuertes porrazos dados en la ventana de mi aposento.

—Quién es?—pregunté asustado.

—Yo soy—me respondieron.

—Enterado!—y qué ocurre?

—Que le manda á decir la niña Elena que corra que *misá* Juana está muriéndose, que corra.

Efectivamente corrí—Cuando llegué á su casa, encontré á doña Juana con el ataque, pálida, con los ojos casi salidos de sus órbitas, los labios desteñidos, color de ladrillo, temblorosa, tendida en una cama, luchando por desasirse de las manos de la criada y de un bondadoso vecino que había acudido á los gritos de Elenita. Esta se estaba en la cocina calentando una bebida de qué se yo qué diablos que en semejantes casos acostumbraba darle á la vieja.

Sin que se me ocurriera nada oportuno y viendo inútil toda mi ciencia, aguardé al pie de la cama, sin acertar á decir una palabra.

A poco rato llegó Elenita de la cocina y colocando sobre una mesa la taza con la bebida todavía humeante, la tapó tranquilamente con el retrato que me había pedido “para vesarlo todas las noches mientras yo benía.....”

De esa noche en adelante, mi cariño por Elenita no tiene límites. Me libró de mil cosas peores todavía. Y ahora que ya no le tengo miedo al diablo y que vivo tan conforme con mi vi-

da de soltero, bendigo diariamente la noche en que mi retrato sirvió de tapadera á un brebaje infeliz y anticristiano.

CARLOS ESPINELA.

Medellín—1895.



## CAMPANADAS

¡ Ah ! cuán frías y cuán tristes  
Golpe á golpe nos penetran,  
Como al choque de un martillo  
Invisible que golpea,  
Esas notas enemigas  
Del arrullo de la fiesta  
En que ríen las hermosas  
En contorno de la mesa.

Es el alba : tiñe el día  
Muros, huertos y praderas;  
Como espíritus flotantes  
Levantándose en las peñas,  
Como las alas de un coro  
De ánimas justas que vuelan,  
Ricas de luz se desprenden  
En el valle limpias nieblas.

¡ Eh ! Subid, y al campanero  
Ordenadle con presteza  
Que publique el regocijo  
De unas bodas en la iglesia;  
Que despierte nuestras almas  
Moribundas á la fiesta,  
¡ Que están hartos ya los ojos  
De cadáveres y huesas !

ABEL FARINA.

Septiembre 21 de 1895.



## LA MUSA DE RUBEN

\*  
\*  
\*

El príncipe Ambrogi ha salido de caza desde que el sol empezó á iluminar la tierra. Cabalga en un hermoso corcel negro como la noche, que piafa y hace corvetas como si se sintiese orgulloso del peso que á su lomo lléva. Viste un traje magnífico de brocado y oro, que da á su persona un aspecto



admirable. Gran multitud le acompaña á todas partes y obedece sus órdenes sin replicar.

\*  
\* \*

De repente los enormes galgos laten ó más bien braman, como hacen las fieras cuando se quejan. Un ciervo de cornamenta rara sale huyendo por entre el tupido zarzal; todos lo siguen en tropel y confusión. Los cuernos de caza dejan oír entonces sus sonidos, los caballos relinchan, los hombres dan voces de alegría, los perros ladran y olfatean, verdaderamente es una barahunda endemoniada la que se escucha. Pero pronto tanta alegría y bullicio se truecan en desaliento y cansancio; muchos de los de la comitiva se han quedado atrás y otros apenas hacen trotar sus cabalgaduras. Les es imposible seguir al ciervo porque este huye veloz como el viento por bosques y prados. El único que sí lo hace, es el príncipe; atraviesa montes, cruza riachuelos, trepa colinas, todo esto con una carrera vertiginosa; pero que!... ni aún así logra atrapar el animal que escapa.

\*  
\* \*

Llega á un espeso bosque de laureles, desconocido para él; aun cuando se encuentra solo no le arredra nada, antes al contrario quiere continuar la carrera con mayor ahinco; pero subitamente se detiene su caballo, como asustado; abre las dilatadas narices, mueve las finas orejas, hiere con su ferreo casco el suelo y levanta nubes de polvo, semejantes á las polvaredas que levanta el león cuando se encuentra iracundo; los ojos se le inyectan en sangre y la crin se le eriza; quiere retroceder y el príncipe lo detiene aplicándole el agudo aguijón.

Una encantadora melodía se escucha, parece música celeste tocada por los ángeles en flautas y arpas de oro.

El príncipe deseoso de saber de dónde proviene aquel melodioso concierto, hace avanzar su corcel con resolución.

\*  
\* \*

Un espectáculo sublime es el que á su vista se presenta. Cerca de él en una pequeña y graciosa pradera rodeada de corpulentos árboles, ve á una hermosa joven semi-desnuda, cubierta con un velo de gaza color de rosa y el cual está ceñido á su cuerpo por medio de un cinturón de oro recamado de perlas; tiene en la cabeza una corona de laurel, su cabellera flotante y destrenzada le cae en la espalda como una lluvia de hilos de oro, los ojos tienen el azul del cielo, la nariz es de un corte griego primorosamente cincelada, los labios y las mejillas tienen el tinte de la fresa, las formas voluptuosas, que indiscretamente deja traslucir el traje vaporoso que lleva, son semejantes á las de esas mujeres que en sueños ven los poetas

bebedores de ajenjo. . . . Parece una ahijada de las hadas buenas de un cuento de Perrault. Muestra la ternura de las rosas de Abril; es voluptuosa como una Venus. . . . .

Echados al lado de la joven se encuentran tres corpulentos leones que la contemplan extasiados como unos tontos y escuchan con atención las cuasi-divinas melodías que brotan de una flauta de plata que tiene la bella en sus manos.

\*  
\* \*

El príncipe Ambrogio luego que mira las fieras examina— como hombre cauto que es—si las armas que lleva están en estado de serle útiles en caso necesario; después echa pie á tierra y se dirige tranquilamente hacia la joven.

—Hermosa niña, le dice, quién eres ?

La joven parece turbarse cuando oye las palabras del príncipe, pero después que ve la sonrisa que vaga en los labios de éste se tranquiliza y responde con voz melodiosa y dulce:

—Soy musa. . . . .

—Amas á alguien ?

—Sí. . . . adoro á un joven.

—Y pudiera saber cual es el mortal afortunado que tiene la dicha suprema de poseer tu corazón ?

—El que hace palpitar mi corazón dulcemente, cuando en él pienso, es. . . . .

—Es quién ? Preguntó el mancebo con curiosidad mal disimulada.

—Es RUBÉN DARÍO ! el hombre á quien yo amo. Respondió la musa poniéndose roja como una anémona y bajando los ojos timidamente.

\*  
\* \*

Entonces Ambrogio poseído del ardor de la juventud, se arrojó sobre la joven con ardientes deseos de estampar un beso en sus labios dulces como la miel; pero la musa de Rubén no era de esas mujercuelas que se dejan besar y poseer de todo el que les da oro por sus caricias. . . . antes al contrario era pura como un botón de rosa. Al ver las lujuriosas intenciones del príncipe se puso en pie con suma ligereza, dió un silvido en la flauta y tomó en seguida una actitud amenazante y provocadora. . . . Los leones, al oír la señal, rugieron, mostraron después sus dientes blancos y afilados y de un salto se pusieron en pie como lo había hecho su señora. Aguardaban orden para avalanzarse sobre el imprudente.

Después, la musa viendo la turbación que del príncipe se había apoderado, lo miró con compasión y echó á correr. No quería que sus temibles escuderos, hicieran daño al apuesto mancebo. Era muy buena.

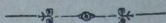


\*  
\* \*

¿Sabéis á donde se encaminó la joven luego que salió del bosque de laureles?—No? Pues se dirigió al gabinetito del mago Rubén—el poeta de las encantadoras visiones y de las rimas dulces y apasionadas, aquel que escribió un cuento que empieza así: “Delicada y fina como una joya humana, vivía aquella muchachita de carne rosada, en la pequeña casa que tenía un saloncito con las tapices de color azul desfalleciente. Era su estuche.”

LEÓN BEL.

Medellín—1895.



## PARRAFOS LITERARIOS

## VI

**Juicios ligeros.**

Es un hecho curioso—por no decir otra cosa—que en medio de sociedades civilizadas ó que pretenden serlo y distinguirse por su cultura intelectual, cuyos individuos gastan más de una hora entregados á la lectura de las producciones literarias de aquí y de más allá y en cuyo seno, no diremos que prosperan, sino que subsisten algunas publicaciones periódicas dedicadas al cultivo de las bellas letras; es curioso, decimos, que se tenga ideas tan peregrinas respecto de ciertas cuestiones de literatura.

Del cultivo de la inteligencia en cualquier forma, de su ejercicio en un campo dado de actividad, resulta siempre un desarrollo para el cerebro y sus facultades, como del ejercicio de los músculos en cualquier trabajo, resulta desarrollo para ellos y aumento de energía y de potencia. Y es claro que el desarrollo de las facultades cerebrales por su cultivo, que lleva á ellas luz, debe llevar consigo un funcionamiento mejor de esas facultades, un juicio más recto, una apreciación más exacta de las cosas y al mismo tiempo una mejora de lo que pudieramos llamar el aseo; el destierro de vicios, errores y preocupaciones quizá muy arraigadas pero que no pueden menos de extirparse como las arañas cuyos rincones visita la escoba con frecuencia. Es difícil suponer cómo pueden no ocurrir tales cambios en el seno de intelectualidades en comercio continuo con productos cerebrales, muchas veces de alta categoría.

No obstante; una ligera observación aquí, entre nosotros, en familia como quien dice, muestra que si tiene lugar el pulimento de las ideas en cierto sentido, en otros nó; que si se aprecia un poco el trabajo de la inteligencia en libros, periódicos etc., de unos escritores y escuelas, respecto de otros se tie-

ne las más absurdas opiniones, casi generalmente fundadas sobre la arena movediza de una ignorancia poco menos que absoluta y que sin embargo están arraigadas profundamente.

Es un vicio odioso el de emitir opiniones de cualquier género, veredictos absolutorios ó condenatorios, sobre materias que no se conocen; y nosotros hoy, con el respeto debido, nos permitimos suplicar á muchos pensadores y pensadoras que se tomen el trabajo de aplicar su atención á ciertos puntos que ellos y ellas tienen ya por pasados en autoridad de cosa juzgada y de los cuales en realidad es de temerse que no tengan siquiera idea somera. Por demás está decir que siendo en ocasiones difícil tomar datos suficientes y, dejando ocupaciones más importantes quizá, ir á leer y estudiar las cuestiones, se puede muy bien dejar de opinar respecto de ellas, sin que nadie sufra perjuicio alguno. Mas si se tiene pretensiones á pericia en ciertas materias, en literatura por ejemplo, será bueno discurrir primero y pronunciar fallo después.

En resúmen: aquí (y en otras partes también, pero en Colombia especialmente), hay muchos que por un motivo cualquiera han leído y leen, en uno ó varios idiomas, y adquieren cultura intelectual manifiesta y sacan de su lectura provecho en muchos sentidos, menos en el de apreciar el valor verdadero de las cosas y de verlas del tamaño y color que tienen y no del que su imaginación, prejuicios y tendencias apasionadas les dan, lo que es lamentable, pues de semejante falta viene el que se tenga y proclame opiniones falsas é infundadas.

Hablemos de Zola, por ejemplo. Ojalá no se empiece por arrojar este papel lejos al oír tal nombre que no hay peligro de que vayamos á contar á nuestros lectores el argumento de *La tierra ó L'assommoir*; vamos simplemente á hablar del personaje en relación con nosotros. Quién no ha oído nombrar alguna vez á ese hijo de Francia de cerebro formidable y corazón atrevido? y ¿quién de cuantos leen y hablan y piensan algo tocante á la literatura universal, no ha emitido una opinión propia, ajena, ó á la vez propia y ajena sobre el pontífice del naturalismo? Nosotros hemos oído un centenar ó dos de tales opiniones, y ¿qué pocas acertadas! Las más de ellas, más bien han sido palabras salidas del corazón (que todo sabe, menos juzgar), salidas sin pasar por esa especie de aduana del pensamiento cuya oficina está en el cerebro y á cuya mesa se sienta la personalidad severa de la razón.

¿Quién es Zola? Id á preguntar y se os contestará con tono sentencioso y voz campanuda: un corruptor infame. Por qué?—porque sus escritos son sucios, son repugnantes, porque son la pintura de toda la masa de materia corrompida y hedionda que forma el precipitado de esa suma de reacciones que constituyen la marcha de las sociedades. . . .

Eso será si se dice poco; será un juicio favorable, benigno, á ese literato á quien se tiene por una especie de galeote de las



letras, más bien de galeote escapado de una prisión y metido de escritor para generalizar quizá sus conocimientos, tomados en esos laboratorios del crimen que se llaman cárceles y presidios.

Ahora: ¿hay algo de fundado en semejantes ideas, tienen esos juicios críticos instantáneos algún asiento razonado? ¿tienen razón, en fin, ése que llama á Zola y á sus maestros y discípulos escritores los más inmorales? Nó, no la tienen; y nosotros, los últimos en la escala intelectual, los más humildes de cuantos esgrimen una pluma en la arena del pensamiento, lo proclamamos así: ese y otros juicios de la laya, son falsos, erróneos, hijos de pretensión tonta, de ignorancia supina, de apasionamiento nada razonable, cuando no de todas ó varias de estas condiciones juntas.

El mismo Zola—á quien hemos tomado como ejemplo el más frecuente en la práctica de ese sistema de apreciaciones—en el prefacio de *L'assommoir* lo grita con acento á la par quejumbroso y colérico: “Yo no soy un corruptor, no enseño al público esas suciedades por apestar, soy un disector del vicio que está ahí, en todas partes, bajo los balcones de cada casa, en las bohardillas, en los chiribitiles donde él prospera, no ya envuelto en púrpura, en copas de rico cristal, en ropas bordadas, lucientes, abundantes en roces y crujidos voluptuosos, en cartas ó fichas nuevas, sobre tapetes limpios, á la luz esplendorosa de la lámpara perfumada, nó: es el vicio sin vestidura, sin perfume, sin dulzura ni atractivo, con sus girones sucios y hediondos, con sus candiles nauseabundos, su ser real opresivo y degradante, no el vicio por el placer, sino el vicio por el vicio; la gangrena, eso en fin que constituye la miseria humana.” Tal es el sentido de esa protesta del gran literato sobre la tempestad levantada por todas partes contra él y su obra y tras esa protesta, vino la indagación severa: la inteligencia se lanzó por la vía que recorría ese acusado que se llamaba á sí mismo acusador, fue y vió el fondo, el *bas-fond* que llama Víctor Hugo, el sótano social, y encontró que las alimañas asquerosas existían, que la masa putrefacta estaba allí y que no era una infamia removerla porque dejada en paz, abandonada á sí misma, progresaría de continuo y al fin su influencia pernicioso se sentiría, irremediable ya, por todas partes. Entonces se llamó á Zola por el nombre que le convenía: un hombre superior, un obrero del progreso, un grande obrero armado de una pluma de novelista como instrumento, y usando ese instrumento con su energía terrible para cavar hondo, para abrir amplias troneras como agente de esa grande autoridad, la civilización, y no agujeritos solapados, con disimulo, como espía miedoso. Es que la sociedad moderna á pesar de haberse robustecido con la luz de la ciencia y el aire puro de la Libertad y del Derecho, conserva aun en su interior debilidades, restos escrofulosos de los tiempos de raquitismo en que respiraba la atmósfera viciada del feudalismo y de sus restos, en esos des-



vanes estrechos de las constituciones monárquicas; sufre aun graves dolencias y llama insolentes á los que la auscultan y al percibir sonidos cavernosos, estertores que acusan "la tisis social", no vacilan en promulgar su diagnóstico en voz alta, en mostrar el resultado de sus análisis, por asqueroso que sea, y en proclamar indispensables enérgicas medicaciones; la enferma se indigna, sufre crisis nerviosa y llama á sus lacayos para que quiten de su presencia el rudo y brutal facultativo; él sin embargo seguirá su obra; sin respeto por los gritos y contorciones divulgará su certidumbre respecto del mal y obrará conforme le parezca; no la verá curada por completo, no la verá mejorar siquiera, que la obra del progreso es demasiado grande para que pueda caber en el cerebro, no de un hombre ó una generación, de un siglo entero. Mas no importa: él colabora en algo y por poco que sea, tiene un resultado; la suma de pequeños y grandes resultados, será el gran resultado final, el mundo del futuro cuya incubación se verifica al través de la serie de los siglos. "Ningún esfuerzo por el progreso universal se pierde", todos se unen para formar esa cosa enorme, desconocida, pero absolutamente segura, que se llama el porvenir. Entre tanto, no más ahullidos, no más errores, esa perpétua maldición, esa perpétua protesta contra el trabajador, es una debilidad y una vergüenza.

No lo leais, no leais á sus imitadores, á sus discípulos, ni á sus maestros, no leais á muchos otros, no leais á nadie si quereis, no importa; pero no deis esos juicios tontos, no lanceis esos gritos de indignación, que vuestro aspecto es ese triste aspecto de tantos que se ven parados en el camino de la historia, mirando hacia el pasado perdido en las tinieblas, atropellados y pisoteados por la masa humana en marcha hacia adelante, hacia el futuro deslumbrador.

EMILE DRAVICK.

—❖—❖—❖—

### FE DE ERRATAS

En la entrega 4.<sup>a</sup> en el artículo "Decadencia-degeneración", salieron por descuido del corrector de pruebas, los siguientes errores tipográficos:

PÁG.	LÍNEA.	DICE.	DEBE DECIR.
73	11	<i>internal</i>	<i>infernal</i>
"	11 y 12	<i>auschecer</i>	<i>anochecer</i>
"	12	<i>politémico</i>	<i>polifémico</i>
"	36	Garcilazo	Garcilaso
"	35	combinan	combinar
75	9	mandolín	bandolín
"	30	casí	caso
76	1	( <i>soy—dissaut</i> )	( <i>soi—dissant</i> )
"	6	no puede	puede
"	9	pero los	pero para los
77	32	las	la
"	36	Dioses	dioses